

HUERTOS DE OCIO Y VIDA COMUNITARIA. LA AGRICULTURA URBANA COMO EXPERIENCIA DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA

Fernando Richter

Jaime Cuenca

Universidad de Deusto

INTRODUCCIÓN

Son muchas y muy diversas las formas en que las experiencias de ocio, en sus distintos ámbitos y dimensiones, pueden servir de cauce y estímulo para la participación social. Este constituye precisamente uno de los argumentos que apoyan la indudable relevancia del fenómeno del ocio en las sociedades contemporáneas, como motor de profundas transformaciones que afectan a la salud de diversos colectivos, la cohesión cívica o el aprendizaje a lo largo de la vida, entre otros. En este capítulo pondremos el foco en una forma de ocio emergente que puede aún calificarse como minoritaria, pero que custodia, sin embargo, un inédito potencial para cambiar la vivencia cotidiana de nuestras ciudades y las relaciones sociales que tejemos en ellas. Se trata de la agricultura urbana.

La engañosa claridad del concepto, que parece autodefinirse en las dos palabras mismas que lo designan, esconde una delimitación de difusas fronteras que obliga a englobar en su seno prácticas con un aire de familia, sí, pero también muy diversas en motivaciones, dimensión y efectos. En el primer apartado de este capítulo se tratará de delinear, precisamente, esta heterogeneidad de contenidos desde un punto de vista histórico y atendiendo también al momento de transformación que vive hoy. Con todo, la hipótesis fuerte que nos anima indica que la agricultura urbana no puede comprenderse de modo cabal en toda su extensión y variedad actuales sin ser conscientes de su vivencia como forma emergente de ocio. En el

segundo apartado del capítulo se presenta una apretada síntesis de algunos de los principales constructos teóricos de los Estudios Urbanos que permiten situar el fenómeno de estudio en su adecuado marco de relación con la ciudad. Es precisamente desde esta perspectiva desde donde se aclara en qué sentido puede -y debe- concebirse la agricultura urbana como una forma de participación muy peculiar que es, a un tiempo, *de* la ciudad y *contra* la ciudad. A esto se dedica el tercer y último apartado, antes de recabar las conclusiones del capítulo.

PRESENTACIÓN DEL FENÓMENO

La agricultura urbana se ha convertido en la actualidad en una práctica ampliamente extendida tanto en nuestra geografía como en las principales ciudades de todo el mundo. Ésta además, se muestra cada día más asentada en el imaginario común; sin embargo, si se profundiza en la historia reciente de los huertos urbanos es posible ver que la significación actual de esta práctica no ha sido siempre la misma, sino que ha variado a lo largo del tiempo en función de diferentes factores.

LA AGRICULTURA URBANA EN LA HISTORIA

Ya en el origen de los primeros asentamientos humanos existió una estrecha relación entre agricultura y ciudad. Tanto es así que sin el perfeccionamiento de una tecnología agrícola, el asentamiento y el desarrollo de estos primeros núcleos de población no hubiesen sido posibles. Así, el cultivo de alimentos mediante huertos localizados en el interior del espacio urbano, e incluso dentro de los hogares, se remonta al origen mismo de las ciudades.

Las primeras formas modernas de agricultura urbana, sin embargo, nos remiten a los denominados huertos obreros (Fernández-Casadevante y Morán, 2015), originados en el entorno de las fábricas en los albores de las primeras ciudades industriales europeas durante los siglos XVIII y XIX. Esta clase de huertos constituían la adaptación urbana de una serie de medidas asistenciales muy populares en los entornos rurales de la época, que se basaban en la cesión de pequeñas zonas de cultivo a familias en situación de necesidad. Se conocían habitualmente como *allotments* (Burchardt, 2002), y su cesión era originalmente una iniciativa de carácter voluntario llevada a cabo por la Iglesia y algunos grandes propietarios. En su adaptación al contexto urbano, como decíamos, la burguesía propietaria de las grandes fábricas creó pequeños huertos en el entorno de las factorías con el objetivo de cederlos a las familias de sus trabajadores como complemento salarial, fundamentalmente (Rivière, 1904). Con el paso del tiempo, aquellos huertos obreros se hicieron muy populares y formaron parte del paisaje habitual de las grandes ciudades industriales que crecían en Europa y Estados Unidos.

Durante la primera mitad del siglo XX, la agricultura urbana continuó expandiéndose bajo el mismo carácter marcadamente productivo que desplegaban los huertos obreros. En este periodo la deriva de la agricultura urbana vino definida principalmente por su relación con ambas guerras mundiales. La coyuntura bélica en un país supone para la población una mayor dificultad en la obtención de productos básicos y, a su vez, obliga a priorizar determinados recursos, como el transporte, para hacer llegar a las tropas armamento, munición y bienes de primera necesidad. De este modo, las economías de guerra en Europa y Estados Unidos idearon nuevas formas de aprovisionamiento donde la agricultura urbana desempeñó un importante papel, ya que se definieron programas para fomentar el cultivo de alimentos en los centros y en las periferias de las ciudades (Crouch y Ward, 1988). Se proyectaron planes a tal efecto que encontraban en el sentimiento patriótico uno de sus principales recursos motivacionales. Estos programas gozaron de una enorme participación, popularizando ampliamente esta clase de huertos urbanos que fueron finalmente llamados *War Gardens* (Groening, 1996). Finalizada la II Guerra Mundial, estos espacios de cultivo mermaron en número y recobraron su sentido de auxilio asistencial dirigido a las familias y personas más necesitadas.

Años más tarde, finalmente, un nuevo periodo de crisis y dificultades hizo florecer la agricultura urbana. A partir de la década de 1970, la crisis energética, la desindustrialización de muchas ciudades y la recesión económica derivaron también en el abandono de numerosos espacios urbanos y periurbanos en los Estados Unidos. Esta despoblación se hizo visible principalmente en barrios deprimidos y con escasos recursos, por lo que nacieron en ellos determinadas iniciativas ciudadanas e institucionales relacionadas con los huertos, concibiendo estos vacíos urbanos como espacios de oportunidad óptimos para la producción de alimentos y la regeneración urbanística y comunitaria mediante iniciativas de agricultura urbana (Morán, 2011). Así, por primera vez, el fenómeno comenzaba a abrirse hacia nuevos significados, nuevas formas y nuevos espacios, cambiando poco a poco la naturaleza misma de esta clase de prácticas.

LOS HUERTOS URBANOS EN LA ACTUALIDAD

La agricultura urbana vive en la actualidad un auge ciertamente sorprendente. Son muchas las ciudades en las que las propias administraciones públicas los promueven activamente, con resultados crecientes de participación e implicación. Asimismo se han creado numerosas asociaciones por todo el mundo cuyos objetivos giran en torno a la práctica de la agricultura urbana como actividad central, sea ésta una meta o una herramienta para lograr otros fines. Ahora bien, no se asiste tan sólo a la mera expansión geográfica de un mismo fenómeno, sino al desarrollo multidimensional de éste (Richter y Cuenca, 2013). Es decir, no sólo se está extendiendo, sino que se está transformando.

Es posible advertir en la naturaleza de este repunte características hasta ahora inéditas, así como significados y vivencias diferentes a los que el fenómeno mostraba en periodos anteriores. La agricultura urbana constituye una actividad que, por propia naturaleza, se asocia con factores motivacionales como la productividad alimentaria o la conciencia medioambiental, sobre todo si, como ocurre en la actualidad, confluyen circunstancias de crisis económica, energética y de medio ambiente. Así, una parte de la realidad actual de este fenómeno viene explicada por los sedimentos de significado que sus distintos usos históricos han ido posando sobre la propia práctica. Podemos ver cómo los huertos urbanos cumplen todavía hoy, como lo hacían hace unas décadas, funciones productivas, educativas, medioambientales, energéticas, sociales, comunitarias... incluso algunas iniciativas concretas, como la *Green Guerrilla* o los *Community Gardens*, cuyos orígenes están situados en los años setenta, continúan hoy con sus actividades y suman nuevas dimensiones a su labor principal, como la educación ambiental en centros escolares o la inserción social de personas en riesgo de exclusión. Es posible ver, por lo tanto, cómo el fenómeno ha crecido y se ha abierto a nuevas posibilidades y demandas, originando así nuevas significaciones. Del mismo modo, se ha diversificado, ocupando nuevos espacios y estableciendo nuevos sentidos en la relación que une a la actividad con sus practicantes, así como a la actividad con el entorno urbano. Los huertos colonizan azoteas, terrazas y balcones en las viviendas particulares. Gestionados por asociaciones vecinales o promovidos por la administración, se instalan en solares abandonados y en los intersticios entre edificios. Incluso aparecen súbitamente en los lugares más insospechados como producto de nuevas formas de bio-guerrilla lúdica y no-violenta. De este modo, como señalábamos, además de un incremento realmente significativo en la práctica de la agricultura urbana, cabe apreciar una resignificación del propio fenómeno, que se abre a nuevas formas de actividad, a nuevos espacios, a nuevos colectivos y a nuevos estímulos; desarrollando así, y cambiando en esencia, su carácter.

Pese a todo, y debido a la falta de estudios exhaustivos que aborden el grado de penetración de la actividad, no es posible cifrar fácilmente el nivel de imbricación de la agricultura urbana en nuestras ciudades; sin embargo existen múltiples señales que indican una creciente expansión de esta clase de prácticas. Así, cualquiera que sea su modelo organizativo, hoy en día es posible descubrir proyectos de esta naturaleza en algunas de las ciudades más pobladas del planeta, como Nueva York (Spector, 2013), Londres (Raymond, 2014), Sao Paulo (Temp, 2004) o Berlín (Small, 2014). También existen experiencias de agricultura urbana a lo largo de ciudades de diferentes dimensiones por todo el mundo (Farming, 2012). Además, como se puede apreciar, este fenómeno no constituye una realidad particularmente occidental, ya que países como Japón, China, Mongolia, la India o Filipinas, revelan una importante participación en esta clase de cultivos (Time, 2013). En España pueden descubrirse iniciativas similares a lo largo de ciudades de todo el territorio nacional (Ballesteros, 2014). Sin embargo, una de las cuestio-

nes más reseñables reside no sólo en la difusión del fenómeno, sino en el breve lapso en el que se ha llevado a cabo esta proliferación.

Además de ello, la distinta naturaleza de los testimonios pone de manifiesto tanto la difusión como el alcance que el fenómeno ha adquirido en los últimos años. En este sentido, podemos identificar numerosos indicadores que ponen de relieve la actualidad, la importancia y la penetración de los huertos urbanos como fenómeno asentado y en expansión. Entre otros, cabría destacar el aumento de la producción científica en torno a su estudio (Smit y Nasr, 1992; Capel, 2002; Simson y Strauss, 2003; Passy, Morris y Reed, 2010; Monfort, 2011; Zaar, 2011; Morán, 2011), y también la producción divulgativa (Aubert, 1987; Bueno, 1999; Vallés, 2007; Reynolds, 2008; Catalán y Urruela, 2009; Herreros y Vázquez, 2009; McKay, 2011; Mata, 2012; Fernández-Casadevante y Morán, 2015). Asimismo, y así se refleja en la bibliografía citada, se ha multiplicado la presencia de estas experiencias en la prensa y, en forma de proyectos, dentro de los programas municipales de numerosas ciudades, el incremento de cursos de formación especializada en agricultura urbana, la emergencia de numerosas empresas de servicios orientados a las nuevas necesidades de esta actividad, la dedicación de un creciente número de espacios web a las distintas dimensiones de esta clase de huertos, incluso el desarrollo de aplicaciones para telefonía móvil. Todo ello constituye en su conjunto una reveladora base de señales que indican el grado de imbricación de esta clase de prácticas en la actualidad y, del mismo modo, resulta muy significativo para comprender las coordenadas bajo las que se mueven las dinámicas del fenómeno.

Como podemos ver, los huertos urbanos constituyen una realidad ampliamente extendida en la actualidad, y son muchos los indicadores que así lo atestiguan. Sin embargo, como ya anunciábamos, el fenómeno atraviesa por un contexto en el que no sólo se propaga, sino que además se desarrolla. En este sentido, es posible identificar dos principales vías de evolución: por un lado las distintas formas que su práctica adopta, y por el otro, los sentidos que ésta adquiere.

En cuanto a la evolución de sus formas principales, hoy en día pueden encontrarse espacios y estructuras de cultivo muy variadas y, a menudo, cambiantes. Es posible encontrar huertas individuales y familiares de muy diferentes tamaños, huertos cultivados de manera colectiva, áreas donde conviven huertas individuales y cultivos colectivos, e infinitos espacios de difícil acceso para su investigación, como balcones, azoteas, patios interiores, etc., donde la agricultura es llevada a cabo en macetas, mesas de cultivo, envases reutilizados y un sinfín de alternativas.

Al mismo tiempo, desde el punto de vista de su gestión, es posible descubrir innumerables huertos urbanos pertenecientes a particulares, a entidades públicas municipales como ayuntamientos, patronatos o institutos, a empresas privadas, a asociaciones vecinales, a grupos auto-gestionados de personas con distintas

finalidades como el impulso de un idioma, la educación ambiental o la mera producción agrícola, a centros educativos, sanitarios e incluso penitenciarios, etc. De este modo, la gran multitud de agentes y orientaciones confluye finalmente en una extensa lista de posibles modelos de organización y gestión.

Por otro lado, quizá sea en la localización de los espacios de la práctica donde más visible se hace la evolución adaptativa del fenómeno. Mientras que los huertos urbanos han estado tradicionalmente asociados a terrenos de cultivo a pie de calle o escondidos en solares, detrás de alguna tapia, los usuarios actuales rastrear el espacio urbano, público o privado, re-significando lugares y ambientes para hacer posible el cultivo. Así, es posible encontrar una gran diversidad de micro-espacios dedicados a este fin, como balcones, azoteas, alféizares, patios interiores, solares abandonados, edificios semiderruidos, plazas públicas, glorietas, márgenes viales, etc. Este desarrollo, de hecho, se considera estructuralmente posible gracias a la adaptabilidad y a la flexibilidad que ofrece esta clase de prácticas agrícolas frente a aquellas de tipo rural, así como a las férreas voluntades y estímulos que se encuentran entre sus practicantes. Al mismo tiempo, todas estas localizaciones, más o menos espontáneas, conviven con los espacios en ocasiones extensos y muy estructurados de las diversas iniciativas municipales y comerciales. Esta realidad heterogénea que constituyen las distintas formas, espacios y modelos de gestión que adoptan los huertos urbanos en la actualidad, es conocida como *hortodiversidad* (Morán y Fernández-Casadevante, 2012), y es precisamente la creciente heterogeneidad que manifiesta, uno de los principales indicadores de esta evolución formal.

En cuanto al sentido o la significación general de los huertos urbanos actuales, desde la década de 1970 y, principalmente, a partir de la entrada en el siglo XXI, la tendencia hacia la ramificación de estímulos y sentidos ha continuado en un ascenso vertiginoso y muy significativo, llegando a convertir los huertos urbanos de carácter netamente productivo en experiencias casi testimoniales en las ciudades de las sociedades occidentales.

Como ya hemos señalado previamente, a partir de los primeros *Community Gardens* de los años 70, la agricultura urbana comenzó a desplegar un nuevo carácter por medio de su sentido que la diferenciaba radicalmente de las experiencias previas. Por primera vez, la producción de alimentos como objetivo quedaba relegada a un segundo plano en beneficio de otras metas como la regeneración urbana, la participación comunitaria, la revitalización social de los barrios etc. De esta manera eclosionaba el fenómeno de la agricultura urbana bajo los términos que hoy en día conocemos. Sin embargo, a lo largo de los últimos años esta lista de objetivos, metas o sentidos asociados a la práctica no ha dejado de crecer. Así las cosas, resulta poco verosímil la posibilidad de descubrir una significación concreta que unifique todas las dimensiones desde las que se vive el cultivo de un huerto urbano como práctica contemporánea, ya que una misma iniciativa puede significar la defensa del medioambiente desde los parámetros de la sos-

tenibilidad, la canalización de reivindicaciones políticas o culturales, una forma de participación ciudadana, la búsqueda de una alimentación más limpia o del contacto con la naturaleza, una estrategia de desarrollo comunitario, una excusa para realizar ejercicio físico, una actividad comercial, una experiencia educativa o una práctica meramente productiva. Debe comprenderse además, que no se trata de compartimentos estancos o cerrados. Estas dimensiones o sentidos, no constituyen espacios cognitivos excluyentes sino complementarios. Así, resulta posible experimentar esta práctica desde una, dos o más dimensiones al mismo tiempo, a pesar de que una de ellas responda de manera más idónea al sentido subjetivo último de dicha práctica.

Ahora bien, no puede negarse que hoy en día esta forma particular de practicar el cultivo de alimentos se muestra mayoritariamente vinculada a las actividades de tiempo libre y a su vivencia como experiencia de ocio. Esto supone una ruptura inédita con el significado tradicional de una actividad que a lo largo de la historia siempre ha permanecido asociada a la esfera del trabajo, del sacrificio y de la necesidad. De este modo, nos situamos frente a un fenómeno que, nacido en el marco de la economía informal (e incluso marginal), es en el seno de las prácticas de ocio donde alcanza su mayor potencial transformador, ya que dicha experiencia subyace a la amplia y diversa relación de significados señalada, motivando así el interés transdisciplinar: participación ciudadana, educación medioambiental, protesta política, experiencia lúdica, ejercicio físico, desarrollo comunitario... Es la puesta en marcha simultánea de todo un conjunto de prácticas y discursos en transformación (otrora distribuidos en diversas esferas sociales) la que advierte de la novedad y obliga a su estudio.

Así mismo, otra de las cuestiones que determinan la necesidad de profundizar en el fenómeno desde las ciencias sociales radica en la condición urbana de esta forma de agricultura. Como veremos a continuación, el mero emplazamiento de esta clase de huertos no se revela como la condición más idónea para determinar su naturaleza urbana, ya que ésta resulta menos precisa de lo que pudiera parecer. Y es precisamente en el estudio del fenómeno desde la perspectiva de los Estudios Urbanos donde se llega a apreciar que en los recovecos de su condición urbana residen las dinámicas más reveladoras que despliega la práctica como espacio de oportunidad para su vivencia como experiencia de participación social; y no sólo en cuanto a formas directas como los huertos vecinales o comunitarios, sino comprendiendo el fenómeno en su conjunto como un posible movimiento de participación-acción.

SOBRE LA CUESTIÓN URBANA

En la introducción del capítulo ya se advertía de que la agricultura urbana constituye un concepto más borroso de lo que pudiera parecer. Si bien el término *agricultura* referencia una actividad cuyos límites se hallan más o menos definidos, en el calificativo *urbano*, no está todo tan claro. Hasta el momento, y a fin de presentar inicialmente el fenómeno, el concepto de agricultura urbana se ha manejado de manera provisional, asumiendo que éste hace alusión, como es habitual en su uso cotidiano, a aquellas experiencias agrícolas enmarcadas dentro de los límites urbanos; y entendiendo a su vez que éstos no son sino las fronteras que indican el final de un espacio denominado *ciudad*. Sin embargo, llegados a este punto se hace necesario, al menos, advertir algunas de estas claves teóricas, así como la profundidad del debate al que dan lugar. Todo ello a fin de comprender cuáles son y cómo actúan las principales dinámicas internas que despliega el fenómeno de la agricultura urbana en su conjunto, y en sus implicaciones específicas como espacio de participación social. Para ello, se hace necesaria una breve notación de las primeras ideas en torno a la cuestión urbana que nacían al calor del desarrollo industrial de finales del siglo XIX.

EL DEBATE CIENTÍFICO EN TORNO A LA DEFINICIÓN DE LO URBANO

Tanto la velocidad como la profundidad de los cambios que propició el desarrollo de las ciudades industriales, motivaron numerosos trabajos que, de manera segmentada, abordaban aspectos concretos del nuevo paisaje que se estaba dibujando. De esta manera, y mediante una visión de conjunto, la Sociología comenzó pronto a debatir cuáles eran los límites de aquella nueva sociedad que se estaba dibujando, y qué elementos comenzaban a erguirse como pilares fundamentales de este nuevo orden. Así, las recién nacidas ciudades industriales no tardaron en centrar la atención de algunos de aquellos primeros escritos.

Ya en algunas de las reflexiones más significativas de aquellos primeros trabajos se exponía con claridad que el concepto *urbano* no podía hacer referencia tan sólo a la ciudad como elemento físico, espacial o ecológico, sino que debía ir más lejos. Así, los estudios comenzaron pronto a señalar la sociedad urbana como un elemento de mayor complejidad e interés que la ciudad en sí misma, ya que lo urbano parecía postularse como una nueva cultura, es decir, como un nuevo conjunto complejo de normas, valores y relaciones sociales históricamente específicos. Las primeras reflexiones, por tanto, comenzaron a girar en torno a aquellos elementos particulares que caracterizaban a la nueva sociedad, y las implicaciones que conllevaba hablar de una cultura propiamente urbana. Sin duda, las ciudades eran señaladas como elementos centrales de análisis; sin embargo, el debate emergió a la hora de explicitar la vinculación entre un sistema cultural específico y un escenario físico particular; o lo que es lo mismo, entre la cultura

urbana y las nuevas ciudades industriales. Para ello, como es obvio, hubo primero que delimitar aquello que es puramente urbano.

El pensamiento evolucionista-funcionalista de la escuela sociológica alemana tuvo un papel esencial en los primeros años de este debate con autores como Ferdinand Tönnies o Georg Simmel. Esta corriente de pensamiento configuró lo que supuso la génesis de un imaginario urbano que, en todo momento, apuntaba cierta relación entre la ciudad como hábitat ecológico y una forma de vida específicamente urbana.

La obra escrita en 1887 por Ferdinand Tönnies, *Comunidad y sociedad* (Tönnies, 1947), supuso una de las primeras reflexiones en las que se diferenciaban específicamente, e incluso se oponían en características, la sociedad rural y la sociedad urbana. Bajo su punto de vista, claramente evolucionista, las tradicionales formas de vida en comunidad (*Gemeinschaft*) estaban siendo sustituidas progresivamente por una nueva sociedad urbana (*Gesellschaft*) de naturaleza bien diferenciada. El autor señala que las formas de vida de tipo comunitario se caracterizaban por estar basadas en la tradición, los lazos estrechos, las relaciones personales constantes, y una clara comprensión de la posición de uno mismo dentro del orden social dado (Farfán, 2007). Por el contrario, la nueva sociedad urbana es caracterizada, según Tönnies, por las relaciones sociales transitorias e instrumentales.

Algunos años más tarde, publicado en 1903 bajo el título “La metrópolis y la vida mental”, también Simmel profundizaría en la idea de una sociedad urbana esencialmente distinta de la sociedad rural; sin embargo éste lo hizo a partir de una perspectiva más próxima a la psicología, cercana al análisis de los lazos sociales como ya habría hecho Tönnies, pero principalmente centrada en el individuo.

Con el cruce de cada calle, con el ritmo y diversidad de las esferas económica, ocupacional y social, la ciudad logra un profundo contraste con la vida aldeana y rural por lo que se refiere a los estímulos sensoriales de la vida psíquica. La metrópoli requiere del hombre -en cuanto criatura que se discierne- una cantidad de conciencia diferente de la que le extrae la vida rural. (Simmel, 2005, p. 2)

Es posible ver en sus palabras cómo, incluso, llega a hablar de un específico “tipo metropolitano de hombre” (Simmel 2005, p. 2), el cual se ve obligado a desarrollar estrategias psicológicas de protección ante un medio que amenaza continuamente con desubicarlo. Esta reacción que el sujeto despliega, según el autor, resulta “la menos sensible y la más alejada de las profundidades de la personalidad” ya que, precisamente, la estrategia consiste en tomar distancia y evitar el impacto de los “estímulos violentos inesperados y del asalto de imágenes cambiantes”, en preservarse y mostrar indiferencia o desinterés, en “no actuar con el corazón, sino con el entendimiento”. Actitud, ésta, que Simmel contrasta con la naturaleza de los pequeños círculos y las comunidades rurales, “en los cuales el conocimiento inevitable de la individualidad produce necesariamente un tono más cálido de comportamiento.”

El análisis de Simmel, sin embargo, no se limita a hablar del individuo en términos psicológicos. Por el contrario, alude también a la cuestión urbana en términos abstractos y teóricos más amplios. A través de su trabajo es posible observar que, lejos de concebir la urbe como una mera estructura física o geográfica, la comprende como una “totalidad de efectos que se extienden más allá de sus confines inmediatos”, expresando así la idea de una sociedad urbana más cercana a una trama de estilo de vida que a un hábitat ecológico.

Tan pronto como se rebasa un cierto límite en el crecimiento de las relaciones económicas, personales e intelectuales de la ciudadanía, la esfera del predominio intelectual de la ciudad sobre su área de influencia aumenta geométricamente. (Simmel, 2005, p. 7)

Se señala aquí por primera vez un concepto de ciudad que, además de sus elementos físicos, incorpora dinámicas propias generadas a partir de las consecuencias del incremento de las relaciones económicas, personales, políticas, intelectuales... propias de la vida urbana. De esta manera, para Simmel, las redes de la ciudad se extienden más allá de sus límites geográficos, en un sentido físico, y más allá de la psicología individual, en términos relacionales y culturales.

En este sentido, la escuela sociológica alemana constituyó un significativo primer acercamiento al estudio de la cuestión urbana, entendiendo además que su aproximación debía ser tanto a nivel físico, como demográfico, cultural y estructural; sin embargo, fue el grupo dirigido por Robert Park, discípulo de Simmel, de la denominada Escuela de Chicago quien recogió con mayor fuerza, durante las décadas de los años veinte y treinta, la herencia de esta corriente culturalista de tradición alemana, profundizando significativamente en ella y conduciéndola a nuevos límites.

Entre los numerosos estudios de lo que se conoció como Escuela de Chicago, cabe destacar el trabajo desarrollado por Louis Wirth, aventajado discípulo de Park, en su trabajo de 1938 titulado “El urbanismo como forma de vida”, publicado en el número 44 de la revista *American Journal of Sociology*. A diferencia de Park y la ecología urbana, Wirth centra su análisis en el estudio del urbanismo como forma de existencia social, más que en la distribución espacial de las ciudades o sus procesos internos de diferenciación. En su estudio, Wirth se posiciona desde un inicio del lado de la tradición alemana, profundizando en su perspectiva culturalista y abogando por la realidad de una urbanidad que, en su opinión, se extiende más allá de la mera vida anclada dentro de los márgenes de la ciudad. Asimismo considera que la urbanización es un proceso cuyas redes no limitan su capacidad de actuación tan solo hasta los límites geográficos de las ciudades, sino que las rebasan; por lo que su concepto no debería quedar restringido hasta dichas fronteras, sino que debería ser considerado como un proceso colectivo de mayor alcance.

El urbanismo, ese complejo de rasgos que componen el modo de vida característico de la vida en las ciudades, y la urbanización, que denota el desarrollo y la extensión de esos factores, no se encuentran exclusivamente en establecimientos que son ciudades en un sentido físico y demográfico. (Wirth, 2005, p. 4)

Se puede señalar que para este autor la sociedad urbana se maneja en una suerte de heterogeneidad interna y altos índices de población y densidad demográficos, lo que concurre en una serie de implicaciones que se manifiestan también en la vida ciudadana, provocando una fuerte desorganización de la personalidad y convirtiéndose en un factor que ayuda a explicar algunas cuestiones como las diferencias entre las tasas de suicidio, crimen o corrupción, entre las grandes ciudades y los entornos rurales (Wirth, 2005, p. 13). De este modo, en el pensamiento de Wirth, la ciudad se corresponde con un argumento cultural específico del que ella misma es variable explicativa, y donde dicha cultura urbana se convierte en una particular forma de vida.

De esta manera, la Escuela de Chicago sentó las bases que guiarían la agenda de la sociología urbana durante las próximas décadas, y la influencia de esta corriente destaca significativamente en la historia académica de la disciplina. Posteriormente el camino de ésta se abrió hacia numerosas corrientes y debates que complejizaron aún más el estudio de la cuestión urbana; sin embargo, no corresponde al objeto de este trabajo resolver o ahondar más de lo necesario en el debate epistemológico de la cuestión urbana. Así las cosas, y a la luz de los estudios revisados, cabe resaltar tan solo dos reflexiones principales al respecto de esta cuestión. Por un lado, la idea de que la ciudad y lo urbano son conceptos que van más allá de los límites físicos o ecológicos de la propia ciudad, de manera que tanto la ciudad como el urbanismo son capaces de desplegar sus redes de influencia hacia nuevos espacios físicos y sociales, aunque éstos no se hallen anclados dentro de los límites geográficos de la urbe. Por otro lado, a pesar de que no exista acuerdo en torno a los elementos que ciertamente constituyen la cultura urbana (llámese cultura urbana, sociedad urbana, vida urbana o urbanidad), e incluso aunque no haya acuerdo en torno al tipo de relación que une lo urbano y lo rural (llámese cultura rural, sociedad rural, vida rural o ruralidad), lo cierto es que el conjunto del cuerpo teórico revisado contempla ambos términos como realidades marcadamente diferenciadas, y en algunos casos contrapuestas.

LA CONTRAURBANIZACIÓN

Del mismo modo que sucede con la cultura urbana, la contraurbanización constituye simultáneamente un ámbito efectivo y un concepto ciertamente confuso. Como bien concreta Carlos Ferrás en su trabajo *El enigma de la contraurbanización. Fenómeno empírico y concepto caótico* (2007), ocurre que este término alude a un fenómeno que resulta contrastable mediante análisis demográficos y geográficos empíricos; sin embargo, al igual que en la cuestión urbana, la definición de sus límites teóricos no es sencilla. Por el contrario, su conceptualización ha protagonizado también intensos debates, lo cual ha afectado a su vez a los aspectos metodológicos de su marco de análisis y, por lo tanto, ha dado origen a resultados e interpretaciones significativamente diferentes.

Desde que Brian Berry hablase por primera vez de este proceso bajo el término contraurbanización (1976), han sido muchos, aunque no cronológicamente regulares, los análisis que han abordado esta cuestión. Esta serie de trabajos son, en su mayoría, interpretaciones de datos obtenidos a través de estudios demográficos. Como señala Carlos Ferrás, a finales de los años sesenta los datos socio-demográficos sorprendían por el declive poblacional y económico de algunas ciudades estadounidenses en beneficio de aéreas rurales, por lo que los análisis comenzaron a sucederse y se abrieron debates en torno al alcance y las razones de aquel fenómeno (Ferrás, 2007).

Existen numerosas corrientes, variantes y bifurcaciones dentro del cuerpo teórico que surgió a raíz de estos trabajos, como la teoría del *Clean Break* o *ruptura con el pasado*, impulsada por autores como Berry (1978), Vining y Kontuly (1978) o Fielding (1982), el *spillover* o derramamiento urbano, perspectiva propuesta por Peter Gordon (1979), los *Spatial Cycles* (ciclos espaciales), interpretación de autores como Peter Hall (1981) o Leo Van de Berg (1982, 1987), el *modelo cíclico de Lewis y Maund* (Lewis y Maund, 1976), los *tipos de contraurbanización* de Clare Mitchell (2004), etc. Esto es, cabe apreciar que el cuerpo teórico de los estudios de la contraurbanización es ciertamente nutrido. Así todo, y pese al abanico de perspectivas y matices que diferencian unas investigaciones de otras, Carlos Ferrás concluye que, bajo su punto de vista, la contraurbanización puede definirse como “un nuevo proceso de urbanización, un modelo de distribución espacial de la población e, incluso, un movimiento demográfico a través del cual se produce un desplazamiento de personas y actividades económicas desde las áreas urbanas hacia las rurales, llegando a conformar un modelo de urbanización desconcentrada opuesto al tradicional de la urbanización concentrada.” (Ferrás 2007, p. 20)

Se puede ver que, a excepción de la perspectiva *Spillover* señalada por Peter Gordon, existe un acuerdo entre las teorías expuestas acerca de la realidad del fenómeno de la contraurbanización. Si bien la interpretación del alcance y las razones que motivan estos datos han dado lugar a distintas teorías, lo cierto es que se descubre cierto grado de acuerdo en la existencia de una serie de indicios que apuntan hacia la existencia de un proceso de contraurbanización sostenido en el tiempo. Éste, además, se revela como cierto independientemente de que la tendencia demográfica a nivel mundial, y en términos generales, camine hacia la concentración poblacional en grandes ciudades. En todo caso, al igual que en el apartado anterior sobre la cuestión urbana, no es objeto de esta investigación encontrar acomodo en alguna de las teorías señaladas aquí, sino constatar mediante el cuerpo teórico revisado la realidad de un fenómeno, con independencia del tamaño y el futuro que pudiera tener éste, ya que en él se hallan algunas de las claves teóricas que ayudarán a situar y comprender la tesis del presente trabajo.

LA NEORRURALIDAD

Contraurbanización y neorruralidad son conceptos que, si bien están relacionados, no son la misma cosa. El neorruralismo constituye un tipo concreto de movilidad demográfica de la ciudad hacia áreas rurales, por lo tanto, es posible contemplarlo bajo el paraguas de la contraurbanización; sin embargo, este hecho no convierte en sinónimos a ambos conceptos. Podría decirse que todo movimiento neorrural está contemplado por la contraurbanización, pero no todos los procesos de contraurbanización se alinean con el fenómeno neorrural. El fenómeno neorrural contiene, además, un cariz ideológico que no tiene por qué ser necesariamente compartido por todos los movimientos migratorios asociados a la contraurbanización.

Existen algunos autores que enmarcan el fenómeno neorrural dentro de los denominados movimientos migratorios utópicos (Martínez, 1986). En este sentido, y si se acude a la teoría política, se descubre que existe una larga tradición en esta clase de migraciones, tales como el retorno al estado natural del hombre que ensalzaba en 1762 Rousseau con *Emilio, o de la educación* (Rousseau, 2005), los años que pasó Henry Thoreau en Walden antes de publicar *Walden* en 1854 (Thoreau, 2010), o los proyectos de algunos de los socialistas utópicos como Robert Owen, Charles Fourier o Etienne Cabet. Incluso Heidegger relató su propia experiencia de retorno en una carta publicada en 1934 bajo el título “¿Por qué permanecemos en la provincia?” (Heidegger, 1963). Sin embargo, las raíces verdaderas del actual fenómeno neorrural se hallan en los movimientos contraculturales estadounidenses de los años 60, y en los movimientos juveniles de protesta en la Europa de finales de la misma década.

Como indica Joan Nogué (1988), a partir de los años 60, y muy especialmente en Europa a partir de la revolución de Mayo del 68, “grupos de jóvenes contrarios al tipo de progreso seguido, cansados de la ciudad y opuestos al modo de sociedad que el nuevo capitalismo iba configurando, dejan la ciudad y se instalan en aquellos pueblos y casas que, a su vez, habían sido abandonados pocos años antes por campesinos y artesanos” (1988, p. 145). Como se ha señalado ya, a pesar de que el volumen migratorio de este movimiento no es comparable de ninguna manera al éxodo rural que vació el mundo del campo, este hecho constituyó un acontecimiento porque fue la primera vez en la que se daba una inversión migratoria de ciertas características. Además de ello, destacan dos cuestiones en la naturaleza de este movimiento. Por un lado, resulta muy significativo que el propio fenómeno hable de “retorno al campo”, mientras los protagonistas de esta clase de movimientos a menudo son personas jóvenes, de origen urbano y escaso contacto con los usos y la vida en el campo; y es que en realidad “se trata de un retorno simbólico al valor del campo frente a la ciudad” (Nogué, 1988, p. 146), lo cual ofrece una idea del alto grado ideológico de este singular fenómeno. Por otro lado, y al contrario que el éxodo rural, que fue forzado y generado por los propios

mecanismos del capitalismo industrial, se trata de un movimiento migratorio voluntario, basado en una elección libre.

Se puede ver cómo durante los primeros años del fenómeno, la neorruralidad constituía una suerte de protesta social y política asociada al movimiento de la contraurbanización (Berry, 1976). Las personas integrantes de este movimiento identificaron la ciudad como el icono de un modelo de desarrollo capitalista y moderno. Mientras tanto, los espacios rurales se asociaban más bien con ámbitos aún vírgenes, alejados del sistema establecido, puros en ética y estética. Debido a ello, la búsqueda de espacios rurales ha sido una constante en la vida de este fenómeno, siendo éste tan sólo el primero de los cambios perseguidos por el movimiento.

Por otro lado, llama la atención el cambio que opera en la concepción del trabajo para los neorrurales, el cual constituye toda una proposición de cambio social y una alternativa a los sistemas políticos y sociales tradicionales. Al contrario de la lógica industrial capitalista, como indica Nogué, “estas personas no desean alcanzar una productividad cada vez mayor, sino un sistema de trabajo más placentero y humano. Se desea controlar todo el proceso de producción. El trabajo se concibe como algo autónomo, no dependiente. El capital es, con frecuencia, escaso y muy pocas veces amortizado. Las tierras, cuya propiedad pocas veces se logra, suelen ser marginales y poco productivas, si es que se trabajan” (1988, p. 146). Es posible ver aquí cómo no se responde tan sólo a un modelo de sociedad, sino que también se responde a su concepción de dominio sobre la naturaleza, sobre los recursos naturales, el paisaje y, en definitiva, el espacio. Desde el punto de vista de la Geografía Humanística, cabe ver cómo se persigue pasar del *espacio*, al *lugar*. (Tuan, 1977). Se persigue, por tanto, el arraigo a un lugar, o como señalan Mercier y Simona (1983), el neorruralismo expresa un cambio de “territorialidad”, es decir, un cambio en las relaciones existentes entre los individuos y su entorno biosocial (Mercier y Simona, 1983).

A medida que el movimiento ha evolucionado, sin embargo, las heterogeneidades internas han crecido y sus manifestaciones se han desarrollado dando lugar a nuevas interpretaciones y maneras distintas de comprender o vivir la cultura neorrural. Como señalan De Pablos y Morillo,

se pone en evidencia que algunas de las clasificaciones más convencionales (antiguos hippies, commuters, neagricultores, padres preocupados por sus hijos, jóvenes jubilados) no son suficientes para dar cuenta de la complejidad del fenómeno. Bajo las prácticas y creencias que diferencian a esos distintos tipos de neorrurales, subyacen elementos menos visibles pero que igualmente configuran una base común, un conjunto de rasgos que van más allá del mero hecho de vivir en un determinado contexto o de llevar un estilo de vida similar. (Morillo y Pablos, 2013, p. 3)

En opinión de estos autores, y pese a la compleja heterogeneidad interna que despliega el fenómeno de la neorruralidad, existen determinados rasgos que subyacen a las distintas manifestaciones de éste. Entre ellos destaca, por un lado, la

voluntad de sacar adelante un proyecto de vida vinculado al imaginario rural que suponga cierta ruptura vital, y por otro lado, la búsqueda de la autenticidad mediante una compleja conjugación de objetos, éticas asociadas y representaciones sociales. En su análisis, De Pablos y Morillo concluyen que, si bien a medida que se profundiza en las posiciones discursivas del movimiento se advierten mayores diferencias (aunque sin llegar a constituir verdaderas tipologías), cabe la posibilidad de establecer dos grandes posiciones diferenciadas tomando como variables la intensidad y la forma con las que los sujetos expresan el rechazo a la sociedad de consumo. Esta división se concreta en la clasificación de sujetos utópicos y pragmáticos. Además de ello, los autores analizan la permanente búsqueda de autenticidad como elemento estructural en la actitud de los neorrurales, para lo cual se sirven principalmente de la perspectiva descrita por Jean Baudrillard en *El sistema de los objetos* (Baudrillard, 1990).

Otra posible tipología es la que realiza María Jesús Rivera en su estudio sobre la neorruralidad en Navarra y sus significados (Rivera, 2007). En este caso, la autora permite que sean las propias personas entrevistadas quienes ilustraron la manera en la que ellos mismos construyen el universo de significados que constituye la neorruralidad, tanto desde los espacios y los objetos, como desde los elementos de carácter simbólico. Como resultado, no sólo se hace posible una clasificación tipológica de los neorrurales en función de sus apuestas socio-residenciales, sino que además el imaginario simbólico de lo neorrural era dibujado y definido por sus propios actores, exponiendo ellos mismos su percepción en torno a cuestiones centrales como las diferencias entre pueblo y ciudad, el valor de la casa, la naturaleza o el paisaje, las relaciones sociales, el trabajo o incluso su propia experiencia. Así, un trabajo como el de Rivera ofrece la oportunidad de conocer de primera mano el proceso de significación de un fenómeno complejo por medio del relato de sus propios actores; y es que, a través de éste, es posible recrear el universo de significados sobre el que descansa esta realidad.

Del conjunto de trabajos revisados hasta aquí, se puede obtener una serie de ideas fundamentales que ayudarán a guiar el estudio de nuestro propio objeto de análisis. En primer lugar cabe constatar la realidad del fenómeno neorrural, el cual, pese a contar con experiencias previas, sitúa sus orígenes aproximados en la década de los años sesenta. En segundo lugar se puede afirmar que el movimiento nace con un marcado carácter ideológico, y reconoce en la *ciudad* gran parte de aquellos elementos contra los que se posiciona, tales como la política, la economía y las instituciones tradicionales, así como una escala de valores, un tipo de relación con la naturaleza y una clase de relaciones sociales que no comparte. Por el contrario, el *pueblo* y el universo rural constituyen una representación social compartida que simboliza aquellos valores con los que se alinea el fenómeno. Por otro lado, y a pesar de que la heterogeneidad interna del movimiento hace que existan grandes diferencias entre unos sujetos y otros, se puede hablar de un universo de significados y valores compartido por una gran parte de los neorrurales.

Como decíamos, el neorruralismo identifica el campo y los pueblos como los espacios físicos y sociales que representan la ruralidad, entendiendo ésta como una forma de vida particular y, sobre todo, alternativa a la ciudad y a la vida urbana. Cuando los neorrurales hablan de las relaciones sociales, es posible percibir palabras como confianza, honestidad, franqueza o comunidad (Entrena, 2013). Al hablar del valor del tiempo o del trabajo, a menudo se refieren a conceptos como verdad, autogestión, esfuerzo o disfrute (Morillo, 2013). Pero si existe un término sobre el que se insiste cuando se refieren al fenómeno, es el de autenticidad; y especialmente cuando opinan en torno a la naturaleza, el paisaje o los productos asociados a la vida de campo (Morillo y Pablos, 2013). Es posible también apreciar el modo en que los neorrurales construyen su universo de significados en torno a elementos estéticos y decorativos. Materiales como el mimbre y la cerámica, y elementos como el fuego, las vigas vistas o los utensilios de labranza juegan un importante papel simbólico en la construcción y en la justificación de estos relatos.

LA AGRICULTURA URBANA: ENTRE LA CONTRAURBANIZACIÓN Y LA PARTICIPACIÓN NEORRURAL

Tal y como se ha expuesto en el apartado anterior, existen al menos dos ideas que cabe destacar en relación a la cuestión urbana. Por un lado, la idea de que la ciudad y lo urbano son conceptos que rebasan los límites geográficos de la propia ciudad, de manera que la urbanidad es capaz de desplegar sus redes de influencia hacia nuevos espacios, tanto físicos como sociales. Por otro lado, cultura urbana y cultura rural se contemplan habitualmente como términos y realidades marcadamente diferenciadas, y en algunos casos incluso contrapuestas. De este modo, tanto la urbanidad como la ruralidad han generado en el imaginario colectivo universos simbólicos propios, los cuales se contemplan a menudo en una relación de oposición. La más elemental de las asociaciones a este respecto se realiza entre la ruralidad como forma de vida y el pueblo como símbolo que representa el espacio físico donde habita dicha ruralidad. Del mismo modo y por oposición al binomio pueblo-ruralidad, se descubre la imagen de la urbanidad como forma de vida propia de las ciudades, y en muchos aspectos contraria a la ruralidad, dando lugar al binomio opuesto, ciudad-urbanidad.

Sin embargo, profundizando en esta idea, se descubre cómo ambos binomios no están formados únicamente por estos conceptos, sino que incorporan numerosos elementos que continúan perfilando tanto los límites de sus significados como las diferencias entre uno y otro. Así, la ruralidad se ve asociada a cuestiones de toda clase, como por ejemplo los pueblos, el tiempo natural, los productos de la tierra, la vida sin estrés, la naturaleza, las relaciones de tipo comunitario, o conceptos como lo original, lo auténtico, la austeridad, la sencillez, lo sosegado y otro sinfín de cualidades que a menudo hallan su oposición en la urbanidad, como son

las ciudades, los lazos sociales débiles, el tiempo social, los alimentos procesados, lo creado, lo artificial, el estrés, el consumismo, la complejidad, la velocidad, etc. Incluso se aprecian cualidades asociadas a un concepto y otro, en torno a materiales utilizados, actividades realizadas, usos y maneras o procesos de producción. Esto da cuenta de la magnitud de aquello que puede entenderse como urbanidad, y por lo tanto como ruralidad.

En este sentido, resulta muy revelador comprender la manera en que los agricultores urbanos aplican y viven estas representaciones sociales a través de elementos como el tiempo, las relaciones, los alimentos, etc., llegando finalmente a generar en torno a la agricultura urbana todo un universo simbólico coherente que dota de significado general a la práctica y que resulta clave para comprender la experiencia de su vivencia y uno de los posibles significados contemporáneos del fenómeno.

Así, se descubre que la práctica es contemplada por los propios agricultores como una actividad esencialmente rural debido al poso de significado que, de manera tradicional, lleva asociada la agricultura. Como acabamos de ver, además, conciben esta actividad como una práctica ajena a los usos y costumbres propios de la urbanidad y de la ciudad, cuestiones a las que la mayoría de los agricultores sí sienten pertenecer. Del mismo modo, frente al tiempo social que marca el ritmo de vida urbana, por medio de la agricultura los usuarios descubren la experiencia de vivir el tiempo natural, que no es sino aquel que marca la cadencia en la naturaleza. Ocurre de la misma manera con las relaciones sociales, descritas a menudo en las áreas de huertas como vecinales, comunitarias y, en ocasiones, de amistad, frente al tipo de relaciones propias de la ciudad, más distantes y anónimas. Frente a aquellos productos icono de la urbanidad, identificados como procesados, artificiales y menos saludables, en la huerta y en el campo los alimentos son detallados como naturales, auténticos y libres de elementos químicos. Del mismo modo, frente a los espacios impersonales de la ciudad, la huerta se descubre a menudo como un lugar que llega a cargarse de sentido, y frente a los valores consumistas de la urbanidad, los agricultores afirman redescubrir a través de la agricultura el valor y el placer de hacer las cosas por uno mismo, de arreglar los elementos que se estropean. Asimismo la velocidad, el estrés y el entorno cambiante que se identifica con las ciudades y la vida urbana, contrastan con el sosiego, la paz y la relativa estabilidad que se respira en las áreas de huertos y que, según los agricultores urbanos, son propios de la vida rural y del campo. De este modo, se puede ver aquí la manera en que los agricultores experimentan, no una práctica concreta, sino todo un universo de significados que son vehiculados a través de dicha práctica; y la puesta en práctica de todo este conjunto de representaciones por medio de la agricultura, se revela como una de las motivaciones principales que a menudo se esconden tras la actividad.

Como se ha señalado en el apartado anterior, en el fenómeno de la neorruralidad existen determinados rasgos que subyacen a las distintas formas en las que este movimiento se manifiesta. Entre ellos destacan, por un lado, la voluntad de

sacar adelante un proyecto de vida vinculado al imaginario rural que suponga cierto grado de ruptura vital, y por otro lado, la búsqueda de la autenticidad mediante una compleja conjugación de objetos, éticas asociadas y representaciones sociales. Pues bien, es posible apreciar ambos rasgos en la agricultura urbana. Si bien en el caso de esta práctica la ruptura vital no llega a implicar, por ejemplo, un movimiento residencial o un cambio laboral, se hace evidente que la práctica constituye el abandono temporal de una parte importante de aquellos elementos que definen la identidad urbana de los sujetos, para la representación del imaginario rural en el modo que se ha señalado.

Sin embargo, no es ésta la única similitud con el movimiento neorrural. Por el contrario, es posible hallar otras, como que en ambos fenómenos se habla del retorno o del reencuentro con el campo, de la recuperación de valores, o del redescubrimiento de elementos y maneras, mientras los protagonistas de esta clase de movimientos a menudo son personas de origen urbano y escaso contacto con los usos y la vida en el campo; y es que, tal y como se ha señalado anteriormente, en realidad ambos consisten en un retorno simbólico al valor del campo frente al modo de vida urbano.

Cabe señalar también que, como en el neorruralismo, los agricultores urbanos no sólo manifiestan sentirse atraídos por el universo simbólico de lo rural, sino que representan además un ejercicio de rechazo (en diferentes grados) por la urbanidad. Es posible ver este esquema, por ejemplo, en el estudio de los beneficios percibidos por los agricultores a través de la práctica. Algunos de los beneficios propios de esta actividad son vividos desde su disfrute intrínseco como forma autotélica de ocio y, además, desde la vivencia del universo simbólico que representa la práctica.

En este sentido, cabe descubrir cómo a muchos de los beneficios percibidos por los usuarios, se les asocia el valor extra de pertenecer al universo simbólico de la práctica, y no al mundo urbano del que los sujetos buscan alejarse. Así, los beneficios no se disfrutan tan sólo por lo que estos son, sino por lo que no son. Es decir, por ejemplo, los alimentos obtenidos en la huerta son disfrutados tanto por lo que son (productos naturales), como por lo que no son (productos artificiales). Del mismo modo, la actividad en sí misma se disfruta desde lo que se percibe que es (ruralidad), como desde lo que se percibe que no es (urbanidad). Por lo tanto, si bien muchas actividades de ocio suponen un descanso sobre las tareas estresantes del día a día, la agricultura urbana constituye, además, un descanso sobre la percepción de urbanidad.

Cabría señalar también que la mayoría de los huertos colectivos o comunitarios existentes se agrupan en el seno de las grandes ciudades. Además de ello, los huertos colectivos despliegan una serie de dinámicas internas muy particulares en las que se representan ciertas formas de comunitarismo en términos relacionales. En la experiencia del cultivo de esta clase de huertos se descubre una aproxima-

ción hacia el desarrollo de lazos sociales más estrechos, más cercanos, permitiendo experimentar la calidez de lo comunitario y del sentimiento de pertenencia. Esta clase de relaciones sociales, tal y como señala el cuerpo teórico de los Estudios Urbanos, resultan menos habituales en el trasiego de la vida cotidiana de las grandes ciudades, donde se intensifica el carácter individualista y utilitarista de los vínculos sociales. Bajo esta perspectiva cabría pensar que, si es en los grandes núcleos urbanos donde se concentran los huertos colectivos, puede ser debido a que es precisamente en las ciudades donde más a menudo se busca experimentar la vivencia de lo comunitario, llevada a cabo en este caso por medio de la representación de prácticas caracterizadas por dinámicas menos próximas a la urbanidad.

En este sentido, cabría suponer que, del mismo modo que encontramos en el seno de la ciudad ciertos “productores de urbanidad”, los huertos urbanos serían otros tantos “productores de ruralidad”. En contextos de intensiva urbanización los huertos de ocio constituyen islas de naturaleza en las que no pocos ciudadanos buscan refugio frente a los ritmos y las tensiones de su modo de vida. No se trataría sólo de buscar un aire menos polucionado o un menor nivel de ruido, sino de buscar alivio frente al desgaste psíquico que implican las relaciones anónimas y fugaces de la urbanidad. Si no se habla tanto de configuración física del espacio como de la cualidad de las relaciones interpersonales, es lógico suponer que esta búsqueda de refugio confluye en la construcción de formas de comunidad alternativas. Ahora bien, estas formas de comunidad no son tampoco las que Manuel Delgado considera propias de la ruralidad. En cuanto comunidades urbanas (y en muchos casos, de ocio), las relaciones que se cultivan en los huertos urbanos son sólo “hasta nuevo aviso” y mientras se mantenga la satisfacción personal que se sigue de la experiencia. Al no verse forzadas en su mayoría por la necesidad productiva, cuando la satisfacción desaparece, la práctica lo hace también, y con ella la comunidad. Así pues, independientemente de la naturaleza jurídica del suelo que habiten, los huertos urbanos constituyen una suerte de espacio público urbano en tanto suponen un espacio cognitivo de relaciones maleables, de construcciones sociales interpretables, de vínculos flexibles y de comunidades disponibles o temporales. A pesar de que estos espacios y las comunidades que generan simulan las condiciones de ruralidad que lo identificarían como un fenómeno rural dentro de la ciudad, se trata, como vemos, de una producción netamente urbana.

CONCLUSIONES

A partir de la década de 1970, la desindustrialización, la crisis energética y la despoblación en Estados Unidos de determinadas zonas urbanas deprimidas favorecieron el resurgimiento de la agricultura urbana, la cual, hasta esa fecha, siempre había permanecido ligada en esencia a la producción de alimentos, la necesidad y el trabajo. En esta ocasión, sin embargo, la naturaleza de los huertos ur-

banos sufrió por primera vez una ramificación importante, y el inherente carácter productivo de la actividad comenzó a situarse en ocasiones en un segundo plano. Los huertos urbanos comenzaron a contemplarse como espacios de oportunidad para el desarrollo comunitario en determinados barrios, la cohesión social o la educación medioambiental, alcanzando así nuevos sectores demográficos y nuevos espacios para su práctica, como plazas públicas o las azoteas de numerosos edificios. Este hecho provocó que la eficiencia productiva de los huertos no fuese un elemento condicionante para los espacios de cultivo, lo que permitió que éstos pudieran ocupar nuevos lugares, colonizando y resignificando numerosos espacios públicos a lo largo de todos los rincones de la ciudad. De esta manera, los huertos urbanos comenzaron a abrirse hacia nuevos objetivos, nuevos espacios y nuevos modelos de organización. Todo ello modificó en esencia la naturaleza de la agricultura urbana como fenómeno, alineándolo junto a otros movimientos sociales originados en aquellos años, como la defensa medioambiental, los movimientos ciudadanos por la recuperación del espacio público, e incluso, como se ha visto, con los movimientos contraurbanos y neorrurales. Se puede decir que esta serie de transformaciones constituyeron la primera eclosión de un fenómeno que en la actualidad continúa creciendo, desarrollándose e incorporando al sentido de su práctica nuevos objetivos y dimensiones.

Con el paso del tiempo, el fenómeno ha crecido considerablemente, llegando a expandirse por numerosas poblaciones de toda la geografía y alcanzando un nivel de penetración en la vida social que es posible advertir mediante numerosos indicadores. Al mismo tiempo, esta evolución ha provocado que el fenómeno no sólo se propague, sino que se desarrolle tanto en sus formas como en los significados que despliega. Tanto es así y tal es la subjetividad de su experiencia que resulta inverosímil afirmar que el fenómeno en su conjunto pudiera proyectar un sentido unívoco que lo concrete; sin embargo, basta una aproximación para apreciar que existe una relación directa entre esta actividad y las prácticas de tiempo libre y el ocio, así como las dinámicas urbano-rurales que atraviesan su vivencia de manera transversal, convirtiendo el fenómeno en un movimiento de mayor proyección.

En este sentido, la participación social y comunitaria se revela como una de las principales oportunidades de la vivencia de la agricultura urbana como experiencia de ocio. Por un lado, existen numerosos huertos colectivos o comunitarios en el seno de las ciudades, donde no pocos agricultores practican esta actividad de forma lúdica y a la vez comprometida con una serie de valores compartidos. Así, es posible hallar como una de las más reveladoras motivaciones de la práctica la vivencia de experiencias de lucha política asociadas al universo simbólico rural, como el comunitarismo, la autogestión o los valores del decrecimiento, asociados a ideas preexistentes sobre la realidad rural. De esta manera, estos estímulos dan forma a un conjunto coherente que enfrenta la huerta y el mundo rural con las representaciones sociales de urbanidad, ciudad, y todo lo que estos conceptos llevan asociado.

Así, se aprecia que bajo este punto de vista la ruralidad está asociada a elementos como los pueblos, el curso natural del tiempo, los productos de la tierra, la vida sin estrés, la naturaleza, las relaciones estrechas y próximas a lo comunitario, o conceptos como lo original, lo auténtico, la austeridad, la sencillez, lo sosegado, etc. Todo este complejo, además, encuentra su oposición simbólica en la representación social de la urbanidad, asociada con las ciudades, los lazos sociales débiles, el tiempo social acelerado, los alimentos procesados, lo artificial, el estrés, el consumismo, la complejidad, la velocidad, etc. De este modo, se descubre que la vivencia de todo el imaginario rural a través de la práctica de la agricultura y el cultivo de la tierra como símbolos de la ruralidad, se convierte en una de las principales motivaciones que subyacen en el propio fenómeno, y que inequívocamente dotan a éste de cierto carácter de lucha política y social, de acción participativa y reivindicativa.

Cabe señalar, además, que la serie de estímulos que los agricultores urbanos encuentran a la hora de introducirse en la actividad recuerdan a aquellos que se describen entre los movimientos neorrurales que comenzaron en los años sesenta del pasado siglo, y con quienes el fenómeno de la agricultura urbana comparte algunas características. Debido a esta serie de similitudes entre ambos fenómenos, bajo nuestro punto de vista, la agricultura urbana tal y como se presenta en la actualidad podría ser considerada una forma específica de movimiento neorrural en la que, como diferencia, la migración residencial característica del neorruralismo se convierte aquí en un elemento simbólico, ya que la ruptura ciertamente se produce, pero sólo de manera temporal y transitoria, permaneciendo en todo momento dentro de los márgenes de la vida urbana. Esta perspectiva, además, abonaría la posibilidad de contemplar el fenómeno de la agricultura urbana como un movimiento social en el que cada uno de los agricultores es agente voluntario de una forma de participación, bien sea de manera particular o colectiva.

BIBLIOGRAFÍA

- Aubert, C. (1987). *El huerto Biológico. Cómo cultivar todo tipo de hortalizas sin productos químicos ni productos tóxicos*. Barcelona: Integral/RBA.
- Ballesteros, G. (2014). Iniciativas de agricultura urbana y peri-urbana ecológica en España. En *II Congreso de agricultura ecológica urbana y peri-urbana. Huertos urbanos, autoconsumo y participación social* (pp. 1-12). Utrera: SEAE.
- Baudrillard, J. (1990). *El sistema de los objetos*. Mexico: Siglo XXI.
- Berg, L. (1987). The contagiousness of urban decline. En L. Van den Berg y L. Burns, *Spatial Cycles* (pp. 84-99). Aldershot: Gower.
- Berry, B. (1978). The counterurbanisation process: how general? En N. Hansen, *Human settlement systems. An international perspectives on structure, change and public policy* (pp. 25-50). Massachusetts: Ballinger.

- Berry, B. (1976). *Urbanization and counterurbanization*. New York: Arnold.
- Bueno, M. (1999). *El huerto familiar ecológico, La gran guía práctica del cultivo natural*. Barcelona: Integral/RBA.
- Burchardt, J. (2002). *The Allotment movement in England, 1793-1873*. London: Boydell and Brewer.
- Catalán, M., y Urruela, J. (2009). *Haz que tu terraza sea comestible. Guía para cultivar hortalizas y cuidar de la salud*. Barcelona: SAGA Editorial.
- Capel, H. (2002). *La morfología de las ciudades. Sociedad, cultura y paisaje urbano*. Barcelona: Serbal.
- Crouch, D., y Ward, C. (1988). *The allotment. Its landscape and culture*. London: Five Leaves Publications.
- Entrena, F. (2013). Imaginarios idealizados de lo rural construidos por los urbanos. En *XI Congreso de la FES* (pp. 1-20). Madrid: FES.
- Farfán, R. (2007). *Comunidad y Sociedad. Ferdinand Tönnies y los comienzos de la sociología alemana*. México: UAM.
- Farming, U. (2012). *Garden Locations*. Recuperado de <http://www.urbanfarming.org/garden-locations.html>.
- Fernández-Casadevante, J. L., y Morán, N. (2015). *Raíces en el asfalto. Pasado presente y futuro de la agricultura urbana*. Madrid: Libros en Acción.
- Ferrás, C. (2007). El enigma de la contraurbanización: Fenómeno empírico y concepto caótico. *Revista Eure*, 33(98), 5-25.
- Gordon, P. (1979). Deconcentration without a clean break. *Environment and Planning A: Economy and Space*, 11(3), 281-290.
- Groening, G. (1996). Politics of community gardening in Germany. En *Annual Conference of The American Community Gardening Association (ACGA) "Branching Out: Linking Communities Through Gardening" September 26 - 29, 1996, Montréal, Canada*.
- Fielding, A. (1982). Counterurbanization in Western Europe. *Progress in Planning*, 17(1), 1-52.
- Hall, P. (1981). Urban change in Europe. En A. Pred, *Geographical Essays for Torsten Hägerstrand*. Lund: Gleerup.
- Heidegger, M. (1963). ¿Por qué permanecemos en la Provincia? *Revista ECO*, VI(5), 1-3.
- Herreros, J., y Vázquez, G. (2009). *Tu huerto en el balcón. EL cultivo de la farmacia y despensa ecológicas en pequeños espacios*. Donostia: Txertoa.

- Lewis, G. J., y Maund, D. J. (1976). The urbanisation of the countryside: a framework for analysis. *Geografiska Annales. Series B, Human Geography*, 58(1), 17-27.
- Martínez, S. (1986). El return al camp a Catalunya: els neorurals a la Garrotxa. *Revista de Girona*, 117, 67-74.
- Mata, T. (2012). *El huerto curativo. Guía para plantar tomates y cosechar felicidad*. Barcelona: Plataforma Editorial.
- Mercier, C., y Simona, G. (1983). Le neo-ruralisme. Nouvelles approches pour un phenomene nouveau. *Revista de Geografía Alpina*, 71(3), 253-365.
- McKay, G. (2011). *Radical Gardening. Politics, idealism and rebellion in the garden*. Londres: France Lincoln.
- Mitchell, C. (2004). Making sense of counterurbanization. *Journal of Rural Studies*, 20(1), 15-34.
- Monfort, R. (2011). EL aporte a la sostenibilidad de los huertos urbanos. En *III Congres d'estudis de l'Horta Nord*. Valencia: Universidad Politécnica de Valencia.
- Morán, N. (2011). Historia de los huertos urbanos. De los huertos para pobres a los programas de agricultura urbana ecológica. En *I Congreso estatal de agricultura ecológica urbana y periurbana*. Elche: SEAE.
- Morán, N., y Fernández-Casadevante, J. L. (2012). Nos plantamos! Urbanismo participativo y agricultura urbana en los huertos comunitarios de Madrid. *Habitat y Sociedad*, 4, 55-71.
- Morillo, M. J. (2013). Las migraciones hacia lo rural: ruptura laboral. En J.A. Camacho Ballesta y Y. Jiménez Olivencia, *Desarrollo Regional Sostenible* (pp. 781-797). Granada: Universidad de Granada.
- Morillo, M. J., y Pablos, J. (2013). *La "autenticidad" como actitud neorrural: consumo y vida cotidiana a la luz de "El sistema de los objetos" de Baudrillard* (Comunicación) (pp. 1-24). Madrid: FES.
- Nogué, J. (1988). El fenómeno neorrural. *Agricultura y Sociedad*, 47, 145-175.
- Passy, R., Morris, M., y Reed, F. (2010). *Impact of school gardening on learning*. Londres: RHS.
- Raymond, F. (2014). *The Telegraph*. Recuperado de <http://www.telegraph.co.uk/gardening/gardeningadvice/10673079/Urban-gardening-how-to-go-green-in-the-city.html>.
- Reynolds, R. (2008). *On guerrilla gardening*. Londres: Bloomsbury.
- Richter, F., y Cuenca, J. (2013). *La agricultura urbana y el cultivo de sí. Los huertos de ocio a la luz de las dinámicas neorrurales. Encrucijadas. Revista crítica de Ciencias Sociales*, 6, 129-145.

- Rivera, M. J. (2007). *La ciudad no era mi lugar. Los significados residenciales de la vuelta al campo en Navarra*. Pamplona: UPN.
- Rivière, L. (1904). *La tierra y el taller. Huertos obreros*. Madrid: Saturnino Calleja Fernández.
- Rousseau, J. J. (2005). *Emilio, o de la educación*. Madrid: Alianza.
- Simmel, G. (2005). La metrópolis y la vida mental. *Bifurcaciones*, 4, 1-10.
- Simson, S. y Strauss, M. (2003). *Horticulture as Therapy. Principles an Practice*. Boca Raton: CRC Press.
- Small, S. (2014). *Food Tank*. Recuperado de <https://foodtank.com/news/2014/03/ten-urban-agriculture-projects-in-berlin-germany/>.
- Smit, J. y Nasr, J. (1992). Urban Agriculture for sustainable cities: Using wastes and idle land and water bodies as resources. *Environment and urbanization*, 4(2), 141-152.
- Spector, K. (2013). *Eco Watch*. Recuperado de <http://www.ecowatch.com/10-urban-farming-projects-in-new-york-city-1881814232.html>.
- Temp, H. D. (2004). *Cidades sem fome*. Recuperado de <https://cidadessemfome.org/en/>.
- Thoureau, H. (2010). *Walden y el deber de la desobediencia civil*. Barcelona: Juventud.
- Time. (2013). *Urban farming around de World*. Recuperado de <http://content.time.com/time/photogallery/0,29307,1913033,00.html>.
- Tönnies, F. (1947). *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Losada.
- Tuan, Y. (1977). *Space and place: The perspective of experience*. Londres: Arnold.
- Vallés, J. M. (2007). *El huerto urbano. Manual de cultivo ecológico*. Barcelona: Serbal.
- Vining, D., y Kontuly, T. (1978). Population dispersal from mayor metropolitan regions: An international comparison. *International Regional Science Review*, 3, 50-73.
- Wirth, L. (2005). El urbanismo como forma de vida. *Bifurcaciones*, 2, 1-15.
- Zaar, M. H. (2011). Agricultura urbana: algunas reflexiones sobre su origen a importancia actual. *Biblio-3W Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales*, 16(944).